UNA TRADICION QUE NO MUERE

Continúan con gran animación las fiestas de Santo Domingo Calceatenses de nacimiento y de corazón llenaron el día de ayer las calles y establecimientos, poblando el aire de risas y conversaciones. El rigor silencioso de la víspera había desaparecido. El sol lucía tímidamente cuando los cofrades se reunieron, a las ocho de la mañana, en la ermita que junto al puente del Santo construyera en su recuerdo la devota doña Cecilia Marín. El viejo puente ha cambiado su fisonomía con el paso de los años y la llegada del progreso, pero nadie ha olvidado que su origen fue en beneficio de los peregrinos, que antes de su hechura debían recorrer los montes poblados de alimañas para terminar acogidos en la caridad de Domingo de la Calzada.

Ningún cofrade faltó a la cita, presidiendo el acto religioso el matrimonio Marín, Julio César y Elvira, Prior y Priora 72.

A las doce del mediodía estaba prevista la salida desde la Casa del Santo del desfile procesional de «las doncellas». Desde media hora antes, las jóvenes acudían al lugar de la concentración ataviadas con sus blancos vestidos. Sus primas o hermanas más pequeñas llevaban los adornados cestaños sobre los que más tarde se colocaría el pan.

El verdadero nombre de la procesión es el de «el pan del Santo y el peregrino», por cuanto cada doncella, como la víspera las prioras, lleva sobre el cestaño adornado de gasas un panecillo bendecido que luego será repartido entre cuantos lo deseen. Las pequeñas llevan ilusionadas los cestos soñando con el día en que serán ellas quienes luzcan los bellos trajes que ahora llevan las participantes.

En la Casa del Santo, las escaleras están intransitables, hasta el punto que resulta necesario desalojarlas. Las chicas no logran subir hasta la sala principal sin que su peinado se alborote entre empujones y codazos de las personas que suben y bajan. Conseguido el objetivo, y reunidas todas, los cestaños cambian de cabeza y la comitiva se prepara. ¡Son las doce y diez! ¡Hay que salir!, pero algo sucede. El Prior acude a tranquilizar a las jóvenes, que minuto a minuto sienten aumentar su nerviosismo: «No llegaron los carneros».

Como es sabido, en este desfile también toman parte los ingredientes del Almuerzo del Santo, los garbanzos, cebolletas, tocino y carneros, que serán guisados en el amanecer del día 12; a la escasa luz del anochecer recorren las calles sobre cabalgaduras enjaezadas. Sobre carro irán los más jóvenes y en la comitiva quien lo desee. Ayer faltaron los carneros en el momento de la salida. Estos animales, que durante todo un año campan por sus respetos en las fincas y plantaciones de los calceatenses, ante los complacidos ojos de los hijos de Santo Domingo entraron a formar parte de la comitiva con varios minutos de retraso.

La procesión recorrió las calles entre la curiosidad y atención de gran número de gente que la festividad de la Ascensión había llevado hasta la población hasta llegar al Hospital. Una vez allí, las doncellas se despojaron de sus tocados para liberar las manos y repartir entre los alojados un elevado número de bollos bendecidos que los enfermos recibían con gran veneración. Las salas del Centro perdieron su silencio y el dolor fue reemplazado por las frases cariñosas que un grupo de bocas jóvenes dirigían a los postrados.

Terminado el reparto, el cortejo volvió a formarse, pero sobre la mayor parte de los cestaños ya no estaban los panes. Muchos preferían aquéllos y, ¿quién niega nada en un día tan señalado?

Se regresó a la Casa del Santo siguiendo el mismo itinerario y las campanas anunciaban la llegada de las doncellas.

La mesa, preparada desde las primeras horas del amanecer, esperaba a las 43 muchachas. Santo Domingo y sus localidades corporales estaban representadas en ellas. Los cestos fueron colocados entre las sillas, entre comentarios multicolores unidos por la común queja del dolor de los brazos. Y es que hay que estar preparado para sostener por medio de las asas un peso al que no se está acostumbrado.

Nadie puede permanecer tampoco en la sala en tanto las doncellas efectúan su almuerzo. La mesa ha sido visitada por todos y la magnificencia de las tartas alabada de voz en voz. Es el momento del descanso y la reposición de las fuerzas. Los mayordomos de la Cofradía se encargan del servicio. Las autoridades y cofrades comparten nuevamente el pan, el queso y el vino.

Después, cada uno retorna a su casa. Ha terminado el acto más espiritual de las fiestas. Las emocionadas doncellas no perderán durante algún tiempo esa brillantez de luz que ahora asoma en sus pupilas. Faltan trescientos sesenta y cinco días para que de nuevo las calles de Santo Domingo sientan en sus piedras el peso leve de sus hijas.

A las cuatro de la tarde, el Ayuntamiento en corporación bajo mazas, precedido de gigantes y cabezudos, dulzaineros y la banda municipal, se dirigió desde la Casa Consistoral hasta la iglesia de San Francisco para salir en la Procesión de la Rueda. Acto que rememora el milagro de la resurrección del atropellado por el carro. La rueda, recubierta con hojarasca y ramaje se llevó hasta la Catedral y se colocó ante el altar del Santo, donde permanecerá hasta el día 19. La coral calceatense interpretó los tradicionales villancicos, entre el impresionante silencio de los asistentes.

A las seis, vecinos y turistas recibieron en la Casa del Santo una cebolleta, un trozo de pan y una escudilla de vino. Cerca de dos mil cebolletas de la huerta calceatense se reparten cada año en el simbólico acto de entrega de viandas al caminante que acude en busca de consuelo y ayuda. Resultaba casi imposible acercarse al lugar del reparto, pero terminamos haciéndolo. Las escudillas se llenaban con celeridad una y otra ver por una mano que lleva varios años haciéndolo. «Es una tarea que se ha traspasado de padres a hijos a lo largo de muchas generaciones. Yo vivo en Madrid, pero no faltaré en tanto las fuerzas me lo permitan. Ya no soy joven, pero confío en que el Santo me conserve con vida para seguir efectuando este trabajo». Debimos ceder el lugar a otros y nos retiramos entre la multitud que llenaba los aledaños.

Y al atardecer, recogidos en el amoroso recinto de quien a lo largo de su vida hizo tanto bien y llegó a convertir en hito del Camino de Santiago su ciudad, los cofrades que se reunieron en la encomiable tarea de «dar de comer al hambriento» siguen preparando el almuerzo matutino para devotos y caminantes. A las seis de la mañana un representante de cada familia acudirá al reparto y llevará en una pequeña cazuela hasta su casa un trozo de pan, una escudilla de vino y una pequeña porción de este bendito almuerzo, que se coloca sobre la mesa antes que el resto de las viandas para no perder la tradicional y devota costumbre de los antepasados.

En la noche, los cofrades del Santo se unieron en cena de hermandad con el obispo y las autoridades, a los que se sumaron los cofrades de San Felices de Haro, invitados de primera categoría que comparten una a una las celebraciones de estas magníficas fiestas de carácter religioso.

La luz termina, pero los corazones iluminan todas y cada una de las actividades hasta el total agotamiento de los cofrades, que mantienen despiertas sus mentes a pesar del agotamiento de la jornada.

Prioras y doncellas han visto finalizado su acto protagonista. A partir de este momento pasarán a formar parte de la comitiva que festeja y conmemora al Patrono Santo.

Escribe: ESPERANZA

(Fotos HERCE)